

La importancia de las mayorías es relativa en un Congreso donde prima el interés individual sobre los partidos

Los malabarismos de Washington DC

XAVIER MAS DE XAXÀS - Barcelona

LA VANGUARDIA, 4.11.10

Desde que Lyndon B. Johnson habló de consenso, de la necesidad de dejar de lado las diferencias políticas para abordar con eficacia los problemas socioeconómicos de la república, cada presidente y cada congresista ha hecho campaña con la promesa de regenerar la vida parlamentaria. Nadie lo ha conseguido, tampoco nadie ha fracasado del todo.

Las tensiones crónicas entre republicanos y demócratas hunden sus raíces en unas guerras culturales de muy difícil solución y en un sistema que, de forma natural, prima el interés particular, es decir, de cada parlamentario, por encima del interés general.

De cara a la galería electoral, republicanos y demócratas defienden posturas antagónicas. Deben hacerlo porque de ellas depende su reelección. Un parlamentario se debe, por encima de todo a sus electores. Cuanto mejor atiendan las necesidades de sus circunscripciones - es decir, cuanto más dinero consigan para ellas en Washington-más posibilidades tienen de sobrevivir como políticos.

Pero aún así, a pesar de todas estas diferencias vitales, unos y otros, demócratas y republicanos, se ponen de acuerdo con más frecuencia, incluso, de la que querrían. El sistema, con todas sus deficiencias, les obliga.

El gran error de Obama ha sido no ver esta dinámica. Secuestrado en muchas ocasiones por los intereses de los líderes demócratas en el Congreso no ha tendido los puentes necesarios con los republicanos y cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde.

Aún así, ha sacado adelante una agenda muy ambiciosa. Es cierto que su partido controlaba las dos cámaras, y en ambas con una mayoría del 59%. Pero esta ventaja no ha sido determinante. Hasta 420 leyes aprobadas en la Cámara de Representantes se han estrellado en el Senado. La oposición republicana en la cámara alta ha sido feroz - provocada en gran parte por el rodillo de la mayoría- y los demócratas sólo han tenido 60 escaños -el número necesario para bloquear el veto republicano- durante siete de los 21 meses del Gobierno Obama. El voto de los congresistas demócratas, además, no estaba garantizado.

Obama, por lo tanto, ha debido pactar la reforma de la sanidad que cubrirá a 20 millones de estadounidenses sin seguro médico; ha debido pactar el rescate de la industria del automóvil, que ha salvado un millón de empleos; ha debido pactar la reforma parcial de Wall Street para que los contribuyentes nunca tengan que volver a rescatar a un banco de inversión; y ha debido pactar, finalmente, el paquete de medidas estimulantes del crecimiento, que incluyen nuevas infraestructuras, rebaja de impuestos a las clases más desfavorecidas y ayudas a las ciudades y los estados, sin el cual, según la Oficina Presupuestaria del Congreso, el paro habría alcanzado el 12%.

De todas las cifras macroeconómicas, la del desempleo es la que tiene más incidencia electoral. Obama hizo campaña en el 2008 con el viento a

favor de la crisis. Wall Street se desmoronaba y EE. UU. estaba en medio de una recesión que él pudo achacar a la mala gestión de los republicanos al frente de la Casa Blanca. Lo peor, sin embargo, aún estaba por llegar. En febrero del 2007, cuando anunció su candidatura a la presidencia el desempleo afectaba al 5% de la población activa. El día que tomó posesión, en enero del 2009, había subido al 7,7%. Al mes siguiente, cuando firmó el primer paquete de estímulo económico, alcanzó el 8,2% y a finales de año superó el 10%. El último dato, del pasado mes de septiembre, lo fijaba en el 9,6%.

Los republicanos le han culpado de que 15 millones de estadounidenses no tengan trabajo y han ganado las elecciones con la promesa de no concederle nada. Lo mismo dijo el líder republicano Newt Gingrich cuando barrió a los demócratas de las dos cámaras en noviembre de 1994. Animado por un triunfo tan amplio tensionó la relación con el presidente Clinton hasta provocó el cierre de una administración falta de liquidez.

Este revés no impidió a Clinton subir a la colina del Capitolio en enero de 1995 para pronunciar el protocolario discurso sobre el estado de la Unión. Allí proclamó, tradición obliga, que "el estado de nuestra Unión era más fuerte que hace dos años". Los congresistas aplaudieron en pie. Dos años después, los electores castigaron la beligerancia de Gingrich y Clinton fue reelegido.